

Nivirk

Vhaldysh AA



Image not found.

Capítulo 1

—Entre los densos troncos de los árboles que salpican el Bosque Tsur, se cuenta que habitan aquellos quienes fueron entrenados con el único objetivo de servir a El Grande de la manera más sanguinaria y oscura posible que pudiera tener la naturaleza humana —narraba con fluidez la anciana voz de aquella que, entre las movidas llamas de la hoguera, conseguía que las sombras que éstas provocaban en su arrugado rostro inundaran de miedo el alma de los oyentes—. Ellos se creen extintos, mas estamos ahogados en las más puras aguas de la mentira, ¿el por qué? La respuesta es simple hijos míos, porque si yo, una vieja frágil puede relatar esto entre el ardiente roce del fuego. Los Arakvin pueden seguir vagando entre esa salvaje vegetación que, como bien sabemos, siempre acaba con las almas de quienes se atreven a penetrar en su dominio.

Y, antes de que pudiera seguir atormentando a los espectadores, aquella mujer que tan plácidamente contaba aquella historia, murió. A lo mejor fueron aquellas llamas que no permitieron que su vida siguiera sin tocar el fin, mas todo el mundo se dio la vuelta para contemplar a la silueta de la que había provenido la flecha que, cortando el aire con un melodioso silbido, había acabado su viaje en el corazón de la ahora difunta.

—Y según dicen —murmuró aquel hombre de tal manera que los pocos que se amontonaban junto a la hoguera pudieran escuchar sus palabras—. No hay que creer las palabras de una puta.

Capítulo 2

0 —El Cazador

Le conocían bajo el apodo de El Turkov, un hombre solitario y que parecía detestar a todos aquellos que pertenecieran a la raza humana. De mirada de hielo y actitud misteriosa, era aquel al que la gente tomaba por desertor de los antiguos batallones del ejercito, pero incluso aunque esto pudiera no ser cierto, su gran destreza con el arco y la caza hacía pensar a los campesinos y nobles que no era alguien con quien podrías cruzar tu puño sin que la muerte te acariciara tras este dar un pequeño golpe.

Solía vagar por los alrededores de un pequeño pueblo conocido como Didhion, en dónde construyó su fama de cazador y hacedor de viudas. Las aventuras eran algo que lo atraía, que le gustaba y que no le daba importancia alguna a las consecuencias que estas pudieran conllevar; pues ninguna vez, una pareja enfadada había tenido la oportunidad de tomar venganza ante sus perversas acciones. Y temido y adorado a la vez en el lugar, vendía sus piezas a los mercaderes y taberneros, personas que solían pagar un precio elevado por los manjares que El Turkov cazaba.

Ahora, en su habitual esquina, la zona más protegida y oscura de la animada taberna, descansaba con la mirada fija en su jarra de korvad. Dejándose llevar por los recuerdos que aquel mejunje le recordaba.

—Ojalá todo fuera como antes, este sibyat no es más que un demonio en comparación de su padre —lamentaba la voz de uno de los borrachos—. Me ofende que este monarca posea las riendas de nuestro país, ¡cómo si no hubiera ya luchado a sangre y acero por culpa de la Slavchka!

Conforme los hombres se unían a la conversación, despotricando contra un régimen y rey injusto, el treintañero escuchaba con atención cada una de las palabras. Elevó un tanto la vista en cuanto las quejas subieron a un tono más mayor, dirigiendo palabras mudas a aquellos que para él no eran más que viejos que no sabían de lo que hablaban.

—Así es Dolmetrov, el país va de mal en peor, si ya no bastaba con un rey sediento de poder, ahora nos toca arrodillarnos ante uno que no sabe más que consumir las vidas de nosotros, sus inferiores. ¡Apuesto mi vida a que en las tierras extranjeras el pueblo es más feliz! Sin tantas guerras, muertes y tormentas. —La voz del hombre quedó rota en cuanto presenció como el temido cazador se levantaba de su asiento, dirigiendo

sus pasos hasta el grupo.

—¿Y por qué no te largas? —escupió—. Por que mucho habláis de rebeldes y de paz, de guerras civiles y de un pueblo triste, pero dime, si de verdad estuviera todo el reino en la pobreza y en la tristeza, ¿cómo es que brindas, ríes, cantas y bailas?

Ninguno de los allí presentes tuvo la osadía de responder, y menos cuando no tenían argumento alguno con el que ganar aquella lucha verbal. Así que, incitados por el alcohol tomado y la animada música, dejaron la política a un lado y volvieron a sus comunes temas de amores y batallitas. El Turkov decidió escapar de aquella cueva, un lugar en dónde la hipocresía y cobardía parecía refugiarse, tras ver como los viejos habían evitado la conversación con él, y observando la luna llena optó por penetrar en el bosque.

—Tomad vuestras espadas, alzad vuestra voz, sonidos con los que el enemigo dirá adiós... —recitando frases aprendidas en tiempos lejanos, marchaba entre la espesa vegetación siendo acariciado por las bajas ramas que los enormes árboles poseían.

Los sonidos que el lugar permitía escuchar resultaban tenebrosos, pero no tanto como para doblegar el corazón de aquel cazador, quien sabía que entre la niebla y negrura no había más que bestias indefensas y plantas hermosas. El leve chasquido de unas ramas hizo que el hombre preparara su arco mientras escudriñaba el paisaje en busca de su presa.

Al encontrar lo que andaba buscando tensó con fuerza la cuerda mientras que, con una pequeña sonrisa, recorría la travesía que aquella magnífica pieza realizaba. Con discreción, usual en quienes ejercían su profesión, siguió apuntando. Al rato notó como el dimir alzó sus grandes orejas, habían llegado los pequeños incautos que, sin querer, atentaban con la posibilidad de que aquel hombre acabara con las manos llenas de relucientes monedas.

Nervioso por la posible derrota soltó con rapidez la cuerda fallando aquel disparo que, en vez de llegar al corazón, había atravesado de manera dolorosa la pata del animal. El Turkov chasqueó la lengua, dolorido por causar tal herida al animal. Lo que desde un principio había planificado como una muerte instantánea y carente de sufrimiento, se había transformado en un infierno que él mismo debía rematar.

—¡Eh mirad! —gritó una voz infantil, mas el solitario arquero no respondió

ante aquella señal de peligro.

Acercándose hasta la especie de lobo, hizo un gesto de disculpa y desenvainando una afilada cuchilla, realizó un profundo surco en su garganta. La vida de aquel salvaje espécimen había tocado su fin, ahora la muerte lo resguardaría entre las profundidades oscuras que esta conllevaba.